

ALBERT PIKE

# MORAL Y DOGMA

DEL RITO ESCOCES ANTIGUO Y ACEPTADO



## CAPÍTULO ROSACRUZ (Grados 15 a 18)

Traducción de  
Alberto Moreno Moreno



[masonica.es](http://masonica.es)



MORAL Y DOGMA  
del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

---

CAPÍTULO ROSACRUZ



ALBERT PIKE

# MORAL Y DOGMA

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

---

GRADOS QUINCE A DIECIOCHO  
(CAPÍTULO ROSACRUZ)

Traducción:

Alberto R. Moreno Moreno



masonica.es



# MORAL Y DOGMA

del Rito Escocés Antiguo y Aceptado

---

GRADOS QUINCE A DIECIOCHO  
(CAPÍTULO ROSACRUZ)

SERIE AZUL



masonica.es

PUEDE PEDIR ESTA OBRA EN  
**www.masonica.es**

O SOLICITARLA DIRECTAMENTE A  
**pedidos@masonica.es**

*Ningún título de **masonica.es**  
está descatalogado y todos ellos  
se encuentran disponibles tanto en  
formato papel como electrónico.*

***Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado***  
***(Capítulo Rosacruz)***  
**Albert Pike**

**editorial masonica.es**

SERIE AZUL (Textos históricos y clásicos)  
www.masonica.es

© 2010 EntreAcacias, S. L. (de la edición)  
© 2010 Alberto Moreno Moreno (de la traducción)

EntreAcacias, S.L.  
Apdo. de Correos 32  
33010 Oviedo  
Asturias (España/Spain)  
Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92  
info@masonica.es

1ª edición: septiembre, 2010

ISBN edición impresa: 978-84-92984-17-6  
ISBN edición digital: 978-84-92984-19-0  
Depósito Legal: SE-5698-2010

Impreso por Publidisa  
Impreso en España

*Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).*



*Esta traducción está dedicada  
a Ignacio Méndez -Trelles Díaz,  
sin el que nada de todo esto  
habría sido posible.*

---

ALBERTO MORENO MORENO



Albert Pike fumando en su pipa de espuma de mar

MORAL Y DOGMA  
del  
Rito Escocés Antiguo y Aceptado  
de la  
Francmasonería

GRADOS DE QUINCE A DIECIOCHO

(CAPÍTULO ROSACRUZ)

ALBERT PIKE

Publicado en Charleston (EE.UU.) en 1871

---

Traducido al español  
por

Alberto Ramón Moreno Moreno  
(Julio de 2010)



---

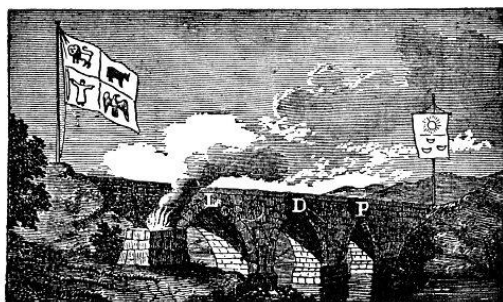
Este volumen contiene los capítulos 15 a 18 de la obra de Albert Pike *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado*.

Está precedido por *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Grados de Aprendiz, Compañero y Maestro)* y *Moral y Dogma del Rito Escocés Antiguo y Aceptado (Logia de Perfección)* publicados por MASONICA.ES ([www.masonica.es](http://www.masonica.es)).



## ÍNDICE

- XV Caballero del Este o de la Espada, 17  
(Caballero del Este, o de la Espada, o del  
Águila),
- XVI Príncipe de Jerusalén, 23
- XVII Caballero del Este y del Oeste, 31
- XVIII Caballero Rosacruz, 71  
(Príncipe Rosacruz)





## XV

### CABALLERO DEL ESTE O DE LA ESPADA

(Caballero del Este, o de la Espada, o del Águila)

**E**ste grado, como todos los demás en Masonería, es simbólico. Aunque está basado en una verdad histórica y en una tradición auténtica, es esencialmente una alegoría. La enseñanza principal de este grado consiste en la Fidelidad a la obligación, así como la Constancia y Perseverancia antes las dificultades y el desaliento.

La Masonería está comprometida en su cruzada contra la ignorancia, la intolerancia, el fanatismo, la superstición, la falta de caridad y el error. No viaja por donde viaja el resto de la sociedad, sobre un mar en calma, con viento suave y favorable que le lleva a un puerto acogedor; sino que encuentra y debe vencer numerosas corrientes en contra, vientos erráticos y calmas muertas. Los principales obstáculos que se interponen ante su éxito son la apatía y falta de fe de sus propios hijos, que se revelan egoístas, así como la indiferencia supina del mundo. En el rugido, choque y vorágine de la vida y los negocios, y en el tumulto y fra-

gor de la política, la sosegada voz de la Masonería permanece inaudita e ignorada. La primera lección que aprende aquel que se compromete en este gran trabajo de reforma y beneficencia es que los hombres son esencialmente des preocupados, indiferentes y faltos de entusiasmo ante todo aquello que no afecte a su bienestar personal e inmediato. Las grandes obras humanas no se deben a los esfuerzos unidos de muchos, sino a las voluntades individuales. El entusiasta que imagina que puede inspirar con su propio entusiasmo a las multitudes que se arremolinan en torno a él, o incluso a los pocos que se han coaligado con él, está gravemente equivocado; y más a menudo la convicción de su propio error va seguida de abatimiento y disgusto. Llevar a cabo todo el esfuerzo, hacerlo todo, sufrirlo todo y, por fin, cuando a pesar de todos los obstáculos y rémoras el éxito ha sido alcanzado y se ha realizado un gran trabajo, contemplar a aquellos que se oponían u observaban fríamente la labor reclamando y obteniendo toda la alabanza y la recompensa es el habitual y casi universal premio para esta clase de benefactores.

Aquel que osa servir, mejorar y beneficiar al mundo, es como un nadador que lucha contra una rápida corriente en un río convertido en olas enfurecidas por los vientos. Con frecuencia rugen sobre su cabeza, con frecuencia le echan atrás y lo aturden. La mayoría de los hombres se abandonan a la fuerza de la corriente, que les lleva flotando a la orilla o les sumerge en los rápidos; y solo ocasionalmente un corazón fuerte y unos brazos vigorosos continúan luchando hasta el éxito final.

Es lo inánime y lo inmóvil lo que más retarda y entorpece la corriente del progreso; la roca sólida o el estúpido árbol muerto, enraizado firmemente en el suelo, y alrededor del cual el río serpentea y se retuerce; e igualmente los masones que dudan, titubean y están descorazonados, que no creen en la capacidad del hombre para mejorar, que no

están dispuestos a esforzarse y trabajar por el interés y bienestar de la humanidad, que esperan que otros lo hagan todo, incluso aquello a lo que ellos no se oponen ni critican, mientras ellos se sientan, aplaudiendo o sin hacer nada, o quizá vaticinando el fracaso.

Había muchos de ellos en la reconstrucción del Templo. Había profetas del mal y de la desgracia, indiferentes, apáticos y fríos; los había que permanecían a un lado mirando, y aquellos que pensaban que habían servido lo suficientemente a Dios con aplaudir débilmente de vez en cuando. Habían cuervos graznando falsas profecías, y murmuradores que proclamaban la locura e inutilidad del intento. El mundo está repleto de ellos, y siempre fueron tan abundantes como hoy. Pero por oscuras y desesperanzadoras que fuesen las expectativas, con indiferencia por dentro y amarga oposición fuera, nuestros antiguos hermanos perseveraron. Mantengamos el recuerdo de su compromiso en el buen trabajo, y cuando quiera que nos acontezca, como le sucedió a ellos, que el éxito es incierto, lejano y dudoso, recordemos que la única pregunta que deberemos pronunciar será, como verdaderos hombres y masones, qué es lo que el Deber requiere, y no cuál será el resultado y nuestra recompensa si cumplimos con nuestro deber. ¡Sigamos trabajando, con la Espada en una mano y la Paleta en la otra!

La Masonería enseña que Dios es un Ser Paternal, y que tiene interés en sus criaturas, tal y como se expresa en el título *Padre*, un interés desconocido para todos los sistemas paganos, ignorantes de las teorías de la Filosofía; un interés que alcanza no solo a los seres gloriosos de otras esferas, a los Hijos de la Luz, moradores de los mundos Celestiales, sino también a nosotros, pobres, ignorantes e indignos. La Masonería enseña que Él ofrece piedad para

el que yerra, perdón para el culpable, amor para el puro, conocimiento para el humilde, y una promesa de vida inmortal para aquellos que confían en Él y Le obedecen.

Sin la creencia en Él, la vida es miserable, el mundo es oscuro, el Universo queda desprovisto de su esplendor, el encanto de la existencia se desvanece, la gran esperanza se pierde; y la mente, como una estrella sacada de un golpe fuera de su esfera, vaga errante a través del infinito desierto de las ideas, sin atracción, tendencia, destino ni fin.

La Masonería enseña que, de todos los sucesos y acontecimientos que tiene lugar en el universo de mundos y en la eterna sucesión del tiempo, no hay ninguno, ni siquiera el más insignificante, que no haya sido previsto por Dios con toda la minuciosidad de la visión inmediata, combinando todas las situaciones de forma que la libre voluntad del hombre sea su instrumento, al igual que el resto de fuerzas de la naturaleza. Enseña que el alma del hombre es creada por Él para un propósito; que, modelada en sus proporciones y esculpida en todas sus partes por una habilidad infinita, es una emanación de Su espíritu y su naturaleza. Tal es su artesanía, su modelado, su forma, su delicado equilibrio, su exquisita proporción en cada parte, que el pecado que se introduce en el alma acarrea miseria, que los pensamientos malvados caen sobre ella como gotas de veneno; y los deseos culpables, al extender su vaho sobre sus delicadas fibras, provocan una plaga en ella tan mortal como la peste en el cuerpo. El alma está hecha para la virtud, no para el vicio; su fin es la pureza, el sosiego y la felicidad.

Antes subirían los cauces de agua desde los valles a la cima, se alejarían las olas furiosas y cesarían de azotar las costas y se detendrían las estrellas en su veloz curso, que cambiaría una ley de la Naturaleza. Y una de esas leyes, promulgada por la voz de Dios, que discurre por cada ner-

vio y cada fibra, por cada fuerza y elemento de la constitución moral que Él nos ha otorgado, es que debemos ser rectos y virtuosos; que si somos tentados, debemos resistir; que debemos someter nuestras pasiones ingobernables, y tener cogidos en el puño nuestros apetitos sensuales. Y esto no es el dictado de una voluntad arbitraria, ni de una ley dura e impracticable; sino que es parte de la gran ley de la armonía que mantiene al universo unido. No es la emanación de una voluntad caprichosa, sino el dictado de la Infinita Sabiduría.

Sabemos que Dios es bueno, y que lo que Él hace es correcto. Una vez sabido esto, los trabajos de la creación, los cambios de la vida y los destinos de la Eternidad se extienden ante nosotros como dispensaciones y consejos de amor infinito. Una vez sabido esto, sabemos que el amor de Dios trabaja para producir efectos, como Él mismo, más allá de todo pensamiento e imaginación de bondad y gloria; y la única razón por la que no Le comprendemos, es porque es demasiado glorioso para que sea comprensible. El amor de Dios vela por todos, y nada niega. Contempla a todos, provee a todos y su justicia infinita reina para todos: para los ancianos, para la infancia, para la madurez, para la juventud; en cada situación de este o de otros mundos; para el deseo, la debilidad, la alegría, el dolor, e incluso el pecado. Todo es bueno, está bien y es correcto, y así será por toda la eternidad. La luz de la Beneficencia de Dios brillará por siempre jamás, revelándolo todo, consumándolo todo, otorgando toda recompensa merecida. Entonces veremos lo que ahora solo podemos creer. La nube se disipará, la puerta del misterio se traspasará, y la luz brillará para siempre; la Luz de la que la luz de la logia es un símbolo. Y lo que nos causó pesar nos deparará triunfo; y lo que hizo a nuestro corazón sufrir nos llenará de alegría; y entonces sentiremos que allí, como aquí, la única felicidad verdadera consiste en aprender, avanzar y mejorar; lo

que no podría ser salvo comenzando por el error, la ignorancia y la imperfección. Debemos pasar a través de la oscuridad para alcanzar finalmente la Luz.



## XVI

### PRÍNCIPE DE JERUSALÉN

**Y**a no esperamos reconstruir el Templo de Jerusalén, que para los masones no es sino un símbolo. Para nosotros el mundo entero es el Templo de Dios, como lo es todo corazón puro. Construir ese Templo, que es el preferido por Dios, y en el que la Masonería está ahora ocupada, consiste en establecer sobre todo el orbe la Nueva Ley y el Reino del Amor, la Paz, la Caridad y la Tolerancia. No se trata de devolver a Jerusalén su protagonismo litúrgico, ni de ofrendar sacrificios y derramar sangre para obtener el favor de la Deidad, pues el hombre puede hacer de los bosques y las montañas sus Iglesias y Templos y adorar a Dios con devota gratitud y obras de caridad y beneficencia hacia el prójimo. Siempre que un corazón humilde y contrito ofrece silenciosamente su adoración bajo los árboles, en las praderas, en las colinas, en las cañadas, o en las calles repletas de gente, ahí está la Casa de Dios y la Nueva Jerusalén.

Los Príncipes de Jerusalén ya no se sientan como magistrados para juzgar los asuntos del pueblo, ni su número

está limitado a cinco. Pero sus deberes permanecen sustancialmente iguales y sus insignias y símbolos mantienen su antiguo significado. La Justicia y la Equidad son todavía sus características. Reconciliar disputas y cerrar disensiones, restaurar la amistad y la paz, aplacar los disgustos y suavizar los prejuicios son sus peculiares deberes; y ellos saben que los pacificadores gozan de la bendición de Dios.

Sus emblemas ya han sido explicados. Son parte del lenguaje de la Masonería, igual ahora que cuando Moisés los aprendió de los hierofantes egipcios. Contemplaremos el espíritu de la Ley Divina tal y como fue enunciado a nuestros antiguos hermanos cuando el templo sea reconstruido y el Libro de la Ley sea abierto de nuevo: “Que cada hombre juzgue con honradez, y muestre piedad y compasión con sus hermanos. Que no aflija ni a la viuda ni al huérfano, ni al extranjero ni al pobre, y que no nazca en su corazón el odio contra su hermano. Que el hombre diga siempre la verdad a su prójimo, y que no levante falso testimonio ni jure en falso, pues estas son las cosas que detesto”, dijo el Señor. “He aquí que un rey reinará según la justicia, y los magistrados gobernarán según el derecho. Y aquel hombre será como un abrigo contra el viento y como un refugio contra la tempestad. Será como corriente de agua en tierra de sequedad, como la sombra de un gran peñasco en una tierra sedienta. Entonces no se cerrarán los ojos de los que ven, y los oídos de los que oyen estarán atentos. El efecto de la justicia será la paz; el resultado de la justicia será tranquilidad y seguridad para siempre. Y la Sabiduría y el Conocimiento sentarán la base de la firmeza de esa época. Caminad en justicia y hablad en justicia, no hagáis oídos sordos a los gritos de los oprimidos, ni cerréis los ojos para no ver los crímenes de los grandes, y viviréis en lo alto, y vuestro lugar será una fortaleza defendida por las rocas”.



¡No olvides estos preceptos de la vieja Ley; y especialmente no olvides, conforme avances, que cada masón, por humilde que sea, es tu hermano, y que el obrero es tu compañero! Recuerda siempre que la Masonería es trabajo, y que la Paleta es emblema de los grados de este Capítulo. El trabajo, cuando es debidamente comprendido, es tan digno como ennoblecedor, y su misión es desarrollar la naturaleza espiritual y moral del hombre, por lo que nunca debe ser considerado una desgracia o una calamidad.

Todo lo que nos rodea es, tanto en su comportamiento como en sus influencias, de índole moral. La serena y luminosa mañana, cuando recuperamos nuestra conciencia desde los brazos del sueño; cuando, desde esa imagen de la Muerte, Dios nos llama a una nueva vida, y de nuevo nos otorga la existencia, y Sus dones nos llegan en cada rayo brillante y en cada pensamiento feliz, reclamando gratitud y satisfacción; el santo atardecer, su brisa refrescante, sus sombras alargadas, su momento sosegado y sobrio, el tórrido mediodía y la imponente y solemne medianoche; y la Primavera, y el Otoño, con sus hojas secas, y el Verano, que abre nuestras puertas y nos hace salir a contemplar las renovadas maravillas del Mundo. Y el invierno, que nos reúne en torno al fuego del hogar al caer el Sol. Todos estos acontecimientos, conforme acaecen, provocan reacciones en nuestra vida espiritual, a la que conducen al bien o al mal. Con frecuencia la manecilla pequeña del reloj señala a algo dentro de nosotros, y la sombra del analema en el dial a menudo cae sobre la conciencia.

Una vida de trabajo no supone un estado de inferioridad o degradación. El Todopoderoso no ha dispuesto la condición del hombre bajo las sombras tranquilas, o entre los agradables bosques o encantadoras colinas, sin ninguna misión que llevar a cabo, sin nada más que hacer que levantarse y comer, y holgazanear y descansar. Él ha ordenado que se realice Trabajo en cada entorno de la vida, en

cada campo productivo, en cada ciudad ocupada, y en cada ola de cada océano. Y lo ha dispuesto así porque se ha complacido en otorgar al hombre una naturaleza destinada a fines más elevados que el reposo indolente y la pereza irresponsable y sin provecho; y porque, para desarrollar las energías de tal naturaleza, el trabajo era el elemento necesario y apropiado. Podríamos preguntarnos también por qué no pudo hacer que dos más dos fuesen seis, igual que por qué no ha querido desplegar estas energías sin el papel instrumental del trabajo. Tan imposible es lo uno como lo otro.

Esto enseña la Masonería como una gran Verdad; estamos ante un gran lindero moral que debería guiar el curso de toda la humanidad. La Masonería enseña a sus afanosos hijos que el escenario de su día a día es totalmente espiritual, que el fruto de su esfuerzo, los productos que tejen y las mercancías que venden han sido designados para fines espirituales. Y creyéndolo así, el trabajo diario puede ser una esfera apropiada para el más noble desarrollo y mejora. La Masonería enseña que lo que hacemos en nuestros intervalos de descanso, la asistencia a la iglesia y la lectura de libros están especialmente designados para preparar nuestra mente para la *acción* de la Vida. Tenemos que escuchar, leer y meditar para *actuar* bien, y la *acción* de la Vida es por sí misma el gran campo para la mejora espiritual. No hay tarea en la industria o en el negocio, en el campo o en el bosque, en el muelle o en la cubierta del barco, en la oficina o en el mercado, que no tenga una finalidad espiritual. No debe haber preocupación ni pesar en nuestro trabajo diario, pues fue especialmente destinado para hacer crecer en nosotros la paciencia, la calma, la resolución, la perseverancia, la amabilidad, la generosidad y la magnanimidad. No hay ningún trabajo o esfuerzo que no forme parte de un gran plan espiritual.

Todas las relaciones de la vida, la del padre, hijo, hermano, hermana, amigo, socio, amante y amado, marido y esposa, son esencialmente morales a través de cada lazo vivo y cada nervio vigoroso que los une. No podrían perdurar ni una hora sin confiar en su verdad, su fidelidad, su templanza y su generosidad.

Una gran ciudad es un gigantesco escenario de acción moral. Nada sucede en ella por azar, sino que todo tiene un propósito final que puede ser bueno o malo, y por lo tanto es de índole moral. No se lleva a cabo una acción sin que haya un motivo, y los motivos caen específicamente bajo la jurisdicción de la moralidad. Los enseres, casas y mobiliario son símbolos de lo que es moral, y por un millón de formas disponen nuestros buenos o malos sentimientos. Todo lo que nos pertenece y colabora a nuestro confort o lujo despierta en nosotros emociones de orgullo o gratitud, de egoísmo o de vanidad, pensamientos de autoindulgencia o recuerdos de los necesitados o desposeídos.

Todo actúa sobre nosotros y nos influye. La gran Ley de Dios de la simpatía y la armonía es potente e inflexible como su ley de la gravitación. Una frase que encierre un noble pensamiento inflama nuestra sangre; un ruido causado por un niño nos turba y exaspera, e influencia nuestras acciones. Un mundo de objetos espirituales, influencias y relaciones descansa a nuestro alrededor, un mundo del que somos vagamente conscientes. Pero aquel que vive únicamente una vida ascética, como el genio de inspiración poética, que se haya en comunión con el universo espiritual que le rodea, escucha la voz del espíritu en cada sonido, contempla sus signos en cada forma efímera de las cosas, y siente su impulso en cada acción, cada pasión y cada ser. Muy cerca de nosotros yacen las minas de la Sabiduría, que nos rodean sin que lo sospechemos. Hay un secreto en las cosas más sencillas, una maravilla en las más simples, un encantamiento en lo más sosegado.

Somos buscadores de maravillas. Viajamos lejos para contemplar la majestad de unas viejas ruinas, la forma venerable de unas montañas plateadas por la nieve, grandes cascadas y galerías de arte. Y aun así la mayor maravilla del mundo se halla en torno a nosotros. La maravilla del sol poniente, de las estrellas nocturnas, de la mágica primavera, el florecer de los árboles, las extrañas transformaciones de la polilla; la maravilla de la Infinita Divinidad y su revelación sin fin. No hay mayor esplendor que el que anuncia Su trono matutino en el Este dorado. No hay cúpula más sublime que la del Cielo, ninguna belleza tan hermosa como la de la Tierra cuando reverdece y la flor brota; ningún lugar, por muy investido que esté por las santidades de los tiempos pasados, tan bello como aquel donde reina la paz y que está protegido por la más humilde valla y tejado. Y todos estos no son sino símbolos de cosas más grandes y más elevadas, pues no son sino la vestimenta de lo espiritual. En este ropaje temporal se envuelve la naturaleza inmortal; en estas circunstancias y forma se revela la asombrosa realidad. ¡Que el hombre sea, como es, un alma viva, en comunión con Dios, y que su visión se vuelva eterna, su morada, la infinitud, y su hogar un regazo de amor que alcance a toda la humanidad! La lucha moral se presenta en las situaciones más humildes igual que en las más grandiosas. Un corazón humano palpita bajo la gabardina del mendigo; un corazón como el que late bajo la capa del príncipe. La belleza del amor, el encanto de la amistad, la santidad del dolor, el heroísmo de la paciencia, el noble sacrificio, aquí e igualmente allí, hacen que la vida sea realmente vida, y constituyen su grandeza y su poder. Son los tesoros de valor incalculable y gloria de la humanidad, y no dependen de la condición social. Todos los lugares y situaciones están igualmente revestidos de la grandeza y el ornato de estas virtudes. Nos acontecerán millones de ocasiones en los senderos habituales de la vida, en nuestros hogares y junto al fuego, en las que podremos ac-

tuar tan noblemente como si, durante toda nuestra vida, hubiésemos conducido ejércitos, ocupado un escaño en el senado o visitado camas de enfermos dolientes. A cada hora nos enfrentaremos a millones de ocasiones en las que podemos someter nuestras pasiones, sojuzgar nuestro corazón, renunciar a nuestro propio interés en beneficio de otro, pronunciar palabras de amabilidad y sabiduría, levantar al caído, reconfortar al débil y enfermo de espíritu y suavizar y atemperar la carga y la amargura de la vida mortal. Cada masón tendrá suficientes oportunidades de llevar a cabo toda esta labor. Y sus actos no estarán inscritos en su tumba, sino grabados en la profundidad del corazón de los hombres, de los amigos, de los hijos, de los familiares que le rodeen, y en el gran libro de la contabilidad, en las eternas influencias, y en las grandes páginas del Universo.

¡Aspiremos, hermanos míos, por lo menos a tal destino! ¡Esforcémonos por cumplir estas leyes de la Masonería! Y así nuestros corazones se convertirán en verdaderos templos del Dios Vivo. Y que Él inflame nuestro cielo, sostenga nuestras esperanzas y nos asegure el éxito.





